

## Entre dos culturas

# La fuerza creadora de Artur Lundkvist

Clara Janés

La traducción de Francisco Uriz nos ha hecho aprender la lección de vida que Lundkvist nos regala con sus versos.

*sale del bosque, blanco como nieve olvidada*

*Sale del centeno*

*sangrando de una pata.*

*Sale del pozo*

*con una llave de madera en la boca.*

¿Por qué, de pronto, unos versos nos atrapan hasta tal punto que modifican nuestra visión? Estos pertenecen a un poema de Artur Lundkvist titulado “El caballo” y en cuanto los leí tuve que seguir hasta el final y sentí que entraba en mi universo una nueva realidad. Sucede así con la obra de este sueco cuya potencia creadora es tan extraordinaria que hace de sus poemas árboles que se sostienen solos y de toda su creación un bosque intenso y atractivo que, a pesar de los temores que, dice Pablo Neruda, provoca, nos lanzamos a recorrerlo. Los temores anunciados son los que despierta una conciencia que se enfrenta con toda crudeza al mundo, pero con una capacidad imaginativa que llena de colorido y destellos las verdades más duras. “Mujeres vestidas de luto vienen montadas en caballos a cuadros como tableros de ajedrez”, “¡Oh, cuánto azul celeste rodea los ojos de los pilotos de bombardeo!”, “La verdad entra y enciende una llamita. En ese instante una explosión destruye el edificio”.

Es infinito el don de Lundkvist para descubrir aspectos insospechados de un suceso o de una palabra. Así presenta el amanecer: “La luz del alba rompió los diques de la noche y comenzó a inundar como un agua pálida el espacio y las alturas”.

Acaso justamente sucede porque su mirada se halla en perpetuo nacimiento, en perpetuo asombro y por lo tanto con un fondo de esperanza. Francisco Uriz, al traducirlo ha hecho un gran don a los lectores de lengua castellana.

Recuerdo cuando llegaban unos cuadernillos grapados, *Papeles de Tarazona*, como pequeños tesoros que Uriz nos enviaba. El número 18, titulado *¡Crea, creador!*, por un poema de Elmer Diktonius, lo abrí y leí de inmediato y desde entonces (veo que no se cita el año) lo tengo siempre entre mis cosas. En 15 páginas figuran muchos nombres sobresalientes de la literatura nórdica.

“ La lectura de Lundkvist era como una ventana abierta a aires frescos donde la imagen surgía con gran impulso y naturalidad. ”

Desaparecieron los “papeles”, como tantas cosas, pero no los nombres. Resuena en mis oídos la voz de Carlos Barral, en un solemne acto realizado en el Jardín Botánico de Madrid, hace bastantes lustros, diciendo: Artur Lundkvist, Gunnar Ekelöf..., tras la lectura en sueco del

traductor. Pues bien, el traductor era Francisco Uriz. Yo estaba allí de puro entusiasmo por la poesía y fui premiada con estos descubrimientos. La lectura de Lundkvist era como una ventana abierta a aires frescos donde la imagen surgía con gran impulso y naturalidad: “Quiero gritar a los cuatro vientos los gozos de la vida y reírme con poderosa boca/ [...] Quiero cantar días que todavía no ha parido la roja matriz de las mañanas”. No es de extrañar que fuera su amistad con este poeta la que lanzara a Uriz a la traducción. ¿Quién podría hacer frente a su empuje y su fuerza?: “Soy una ola que se lanza contra los acantilados una y otra vez, me rompo, me retiro, me preparo para un nuevo asalto”.

Tengo los libros traducidos por Francisco Uriz llenos de señales y notas, y siempre al alcance de la mano las antologías de Gunnar Ekelöf y de Artur Lundkvist. La de Ekelöf me impulsa al diálogo, la de Lundkvist es una lección de vida que me devuelve a la realidad con ese fondo de esperanza, o mejor dicho de fe. Este poeta no teme hacer una afirmación así: “Pavimento un cielo crepuscular con golondrinas/ bebo belleza del río de las ratas de agua. /Pero no me obliguéis a negar la visión/ de una justicia recta como el bambú”.